

SOLEMNIDAD DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR
31 DE MARZO y 1 DE ABRIL DE 2018

¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado! Estas palabras nos saludan con emoción y promesa hoy día (esta noche). Después de 40 días de ayuno, oración y de reflexión contemplativa, nuevamente señalamos y proclamamos la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

Comenzamos a celebrar este Día de Pascua (Noche) y las semanas subsiguientes de este período de Pascua, y que concluye con la celebración de Pentecostés, y nos enfrentaremos con la pregunta: ¿cómo podremos ser testigos de la resurrección en nuestras vidas? La Pascua nos desafía a vivir la resurrección en medio de un mundo resquebrajado. La esperanza y la expectativa de una nueva vida son las piedras angulares de la vida cristiana. Sin embargo, vivimos en un mundo en donde la promesa y la gloria de la resurrección, a menudo, está dominado por el dolor y el sufrimiento de muchos.

Diariamente vemos a familias desgarradas por la deportación, niños creciendo entre la violencia aún en nuestras escuelas y en la guerra, y además en las vidas de familiares, de individuos solos, y de comunidades que han sido destruidas por la epidemia de la adicción a los opiáceos, los desastres naturales con sus efectos posteriores, una cultura que el Santo Papa Juan Pablo II la llamó de una ‘de muerte’ debido a la promoción del aborto, y que se enfoca más y más en la venganza, debido al continuo uso y llamado para pedir el restablecimiento de la pena de muerte. Luego están nuestros propios sufrimientos y pesares personales—físicos, emocionales, espirituales—y que todos estos se parecieran como la gran piedra que se colocó sobre la entrada de la tumba de Jesús cuando fue enterrado. ¿Pueden ser las promesas de Cristo verdad? ¿Está realmente la nueva vida con Dios encima de nosotros? Preguntas como estas inundan nuestras mentes mientras nos reunimos para esta liturgia de Pascua.

Los eventos de Pascua nos sirven como un recordatorio de la verdadera naturaleza contracultural de nuestro Dios. A la luz de los eventos de la resurrección, repentinamente las profecías de las Escrituras tuvieron sentido. En la hermosa historia del Evangelio de Pascua del encuentro de Jesús resucitado y los discípulos desesperados en Emaús en la noche del Domingo de Pascua de Resurrección, y también a través de la fe Jesús nos "abre nuestros ojos" y nosotros "lo reconocemos a Él", ¿cómo?, a través de sus palabras que se nos han dicho en las Escrituras, especialmente en la Misa, en nuestros propios estudios y

reflexiones de las escrituras, y aún más profundamente y personalmente cuando él "rompe el pan" y "derrama la copa de su sangre" en el pan y el vino de la Eucaristía, y con la cual Jesús mismo identifica su persona, su vida, el sacrificio de su muerte, y además por medio del Espíritu Santo en la Eucaristía estableció para nosotros el sacramento de su resucitada presencia que seguirá funcionando hasta el fin de los tiempos. ¡Jesús resucitó y Jesús está aquí! Al igual que los discípulos ahora somos enviados a proclamar a Jesús vivo a través de nuestras vidas en medio de nuestro resquebrajado mundo.

Esta misión del Domingo de Pascua se manifiesta en nuestros encuentros con los demás. Dar la bienvenida al extraño, al inmigrante, de compartir o servir una comida con los marginados, los desamparados, los hambrientos, visitar a los enfermos, a los encarcelados, de abogar por justicia por los que no tienen voz entre nosotros, de ofrecer una presencia para aquellos que están sufriendo dolor, y a todos los encuentros en que Cristo nos invita para tomar parte de ellos. Al igual que las mujeres santas que fueron a la tumba de Jesús al amanecer; como María Magdalena llorando afuera de la tumba; los discípulos en el camino de Emaús; los once apóstoles acurrucados en el Cenáculo en la noche de Pascua, todos ellos encontraron la fe de dar testimonio del poder de la resurrección en su encuentro con el Señor resucitado, y así también nosotros en nuestra desesperación por los problemas y ansiedades de nuestro mundo y de nuestras vidas podemos encontrar la gloria de la resurrección a través de las Escrituras, los sacramentos, y especialmente en la Santa Eucaristía, y en nuestros encuentros con los demás.

Debemos recordar la alegría del Día de Pascua (Noche). A pesar de la tristeza, confusión y desesperación que podamos sentir, la esperanza y la promesa de una nueva vida, no deben escapar nuestra visión. A medida que peregrinamos en esta temporada de Pascua, debemos continuar abriéndonos a nosotros mismos al testimonio de aquellos con quienes nos encontramos para que podamos vivir nuestras vidas como testigos de todo lo que vino a realizarse en este período de Pascua.

Que la alegría y la promesa de la resurrección de Jesús nos lleven a todos nosotros a una nueva vida.

¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado! ¡Él realmente ha resucitado!

Padre Jim Secora